

Diego Vázquez Otero

Alpandeire histórico
y sus hijos predilectos



Prólogo

de

J. Sánchez del Rosal

Año MCMXXVIII

D. Vázquez Otero.

Alpandeire histórico
y sus hijos predilectos.

Prólogo de

J. Sánchez del Rosal.

Gráficas Ibérica

General Marina, 3 y 10

Melilla.

R. 1.249-4

R-3

DEDICATORIA

A tu memoria, madre venerada, ofrendo mis primeros pensamientos impresos: para así, corresponder en algo a lo mucho que quisiste a tu hijo,

DIEGO.

A modo de prólogo.

A fines del año 1.920, en el periódico «Diario de Málaga», se dijo:

«La magna obra educativa, regeneradora y patriótica como ninguna otra, tiene en el simpático y hospitalario pueblo de Alpandeire un servidor abnegado, entusiasta, meritísimo. Escuela Nacional donde toda iniciativa y adelanto pedagógicos se advierten, donde se admira una labor perseverante y bien orientada, donde se conforta el ánimo de los amantes de la gran cruzada contra el analfabetismo, es la de Alpandeire. Dominando la técnica educativa, conociendo los resortes de la enseñanza, aspirando a frutos que con creces obtiene, aquella Escuela dispone de un maestro notabilísimo, de un profesor de amplia e intensa cultura, de dotes y cualidades brillantísimas y valiosas.

»El sacerdocio de la enseñanza, en grado eminente, percíbese en sus palabras y en sus actos. Sabe que, como dice Comenio, «de la instrucción y de la educación de la niñez depende el resto de la vida», y sus afanes y desvelos todos se dirigen a la finalidad santa de proporcionar a sus alumnos «un seguro para la vida y un pasaporte para la eternidad», que así definió la educación el verbo elocuente de Aparisi y Guijarro. Adornado de sencillez y modestia ejemplares, conversador ameno, leal amigo, don Diego Vázquez Otero conquistó el afecto fraternal de sus paisanos, el cariño sincero de cuantos le conocen, el respeto y el aplauso de todos.

»Amante de su Patria, no olvida un instante que la Escuela es el templo donde se la sirve con mayor eficacia: Orden, disciplina, método, organización, fuentes benditas de ciudadanía salvadora, se revelan en aquel modesto, sí, pero valiosísimo centro educativo. ¿Qué menos puede el humilde cronista que testimoniar públicamente—siquiera sea en líneas tan pobres—su aplauso entusiasta, su admiración fervorosa, a quien le proporcionó el rato agradabilísimo de ver cómo se elabora cultura regeneradora, benéfica y españolisima en la Escuela Nacional de Alpandeire?»

Con repetir tales palabras, quedaría hecha la justísima alabanza que el autor de este libro merece. Y no es la frase encomiástica hija del fraterno afecto que por Diego Vázquez Otero siente quien se honra al subscribirla. Está inspirada por el más fervoroso culto a la verdad, y es un testimonio grato de obligada justicia, una ofrenda humilde de sincera admiración.



Desde el año de 1.881 al de 1.900, la Escuela de niñas de Alpendeire tuvo a su frente una maestra que atesoraba dotes y virtudes excelsas: doña Francisca Oterc, que cursó sus estudios en la Normal de Málaga. A la profesora de servicios meritísimos, a la esposa modelo, a la madre inolvidable, dedica Diego Vázquez su primer libro, del que ya publicó parte el periódico aludido. Es el homenaje mejor a la memoria veneranda de quien le dió la vida en el año de 1.891, mostrándole la senda insuperada del deber, que alguien ha dicho es el camino de la gloria.

A los 16 años, terminó Diego Vázquez sus estudios en la Normal de Málaga, la amada Escuela donde nos conocimos para profesarnos cariño fraterno. Interinó las escuelas de Alpendeire, Atajate, Benalauría, Genalgua-cil y Antequera. Hubo de suspender sus tareas escolares para cumplir el servicio militar, asistiendo, como cabo, a las campañas de los años 1.913 y 1.914 en Marruecos, en la zona de Ceuta-Tetuán. Opositó escuelas en Noviembre de 1.916, en Málaga, obteniendo el primer lugar. Sirvió en Peñalba de Castro (Burgos), siendo, luego, en 1.917, trasladado, voluntariamente, a su pueblo natal.

De su labor en él, ya se habló. Educador consciente, ha hecho de la Escuela un verdadero laboratorio pedagógico, un centro hermoso y fecundo de energías redentoras. Su pueblo le ama y le admira, que ya es bastante... Verdad es que lo merece, y que en Alpendeire toda hidalguía, toda virtud, tienen culto halagador y radiante. Si la belleza natural de Alpendeire, la hermosura embriagadora de sus imponderables «Huertos», la riqueza artística de su término, son grandes, inmenso es el tesoro de su vida cristiana y patriótica.

El noble afán de superarse, llevó a Diego Vázquez a emprender los estudios superiores del Magisterio, de los que se examinó, con brillantes notas, en la Normal malacitana el año de 1.923. Al año siguiente, y como premio a sus extraordinarios servicios profesionales, le fueron dadas, por ellos, las gracias de Real Orden. Numerosísimas son las distinciones de que ha sido objeto por sus desvelos pedagógicos. ¡Por derecho propio figura entre los hijos predilectos de Alpendeire, villa idolatrada que los tuvo y los tiene muy ilustres y preclaros!...



Una influencia dulce y misteriosa ejerció siempre en quien escribe estas pobres líneas la «Serranía de Ronda», llena de maravillas, asiento de pueblos pintorescos, acogedores, sencillos, amorosos... A la devoción íntima a la cuna de un ascendiente, se unió el cariño que se otorga a quien vive reinando en el alma.

En 1.919, los que hermanamos en la Normal malagueña diez años antes, volvimos a vernos en la brava «Serranía». En 1.923, días amargos de prueba que imperaron adversas circunstancias, hicieron acompañar al fraterno amor a Diego una inextinguible gratitud por sus atenciones y desvelos. Si los dos habíamos admirado juntos las bellezas de la «Serranía», y habíamos también disfrutado juntos del perfume de ellas, juntos habíamos de sufrir jornadas de dolor....

No eran para él, y luchó como si lo fuesen. Pasaron ya, y son benditas porque habían de unir para siempre a la «Serranía» a quien ya le ofrendaba su cariño. Y porque ellas señalaron la grandeza de alma de Diego Vázquez, el amigo leal que es buen hermano, el buen hermano que es amigo fidelísimo, como la villa riente en que naciera. Ineludibles deberes, nos separaron otra vez, en 1.925; pero la unión espiritual queda incólume, pese a la distancia entre los cuerpos.

¡Faraján!... la villa alegre y adorada. ¡Alpandeirol... su hermana egregia. Dos amores predilectos; dos recuerdos que llevan dulcísima placidez al alma y la inspiran melancolía, nostalgia, «morriña»...

¡Diego Vázquez Oterol... El afecto fraterno, el «amiguísimo» amigo, el compañero inolvidable. No habían de ser tantos los méritos del cultísimo publicista, del pedagogo loable,—con ser infinitos los que informan su vida y su actuación,—para justificar todos los elogios el conocimiento de sus bondades. Ellas dictarían el aplauso imparcial si no lo inspiraran, rectamente, aquellos merecimientos.

Ha querido unas líneas de prólogo para su libro. Nada vale quien, por obediencia, las subscribe con alborozo. Acaso falte en ellas la alusión al folleto; pero, es que, al intento de prólogo han acompañado las remembranzas, y han hecho de él una estela de evocaciones... Van como las sugiere la emoción, desordenadas quizás, aunque pletóricas de amor y de justicia...

El libro.. El libro es un primor literario, aparte de ser un canto viril al «terruño amado», y a sus grandezas, y a sus hijos eximios. Fondo y forma admirables, que dan una aportación valiosa a los trabajos históricos. Podrá observarlo el lector a poco que comience la amena lectura. Y si el lector es de Alpandeirol, seguramente pensará que su pueblo tiene contraída una deuda con Diego Vázquez. Y contribuirá, con su entusiasmo, a saldarla. Amén.

José Sánchez del Rosal

Melilla y Mayo de 1928.

El por qué de este opúsculo

Evidentemente, la Patria empieza en el pueblo donde vimos la luz primera.

Cuando las circunstancias o la fatalidad nos han arrastrado a países extraños, es cuando la idea sacrosanta de Patria se abre más paso en nuestro espíritu, iluminándolo plenamente y descubriéndole infinitas maravillas. Entonces parece ser que nuestro anhelo supremo es aislarnos de todo cuanto nos rodea, para, en la soledad de nuestro refugio, entregarnos de lleno a las evocaciones de nuestra tierra. Y, cuando descendemos lentamente por la espiral sin fin de nuestra imaginación, las primeras ideas que surgen en ella nos hablan del pueblo natal; del lar bendito y amado. En dulce nostalgia, en la fiebre de nuestros recuerdos, contemplamos con los ojos de la fantasía la mole gigantesca de la Iglesia, que se alza majestuosa sobre las demás casitas de nuestra villa, como si la protegiese y amparase con su sombra augusta en el silente reposo nocturnal. Aquel templo en donde moran nuestros santos preferidos, es, además, el sepulcro de nuestros mayores, y el arca de nuestras reliquias y de nuestras creencias. El nos recuerda a nuestra madre, al calor de la cual, brotó de nuestros pechos la primera plegaria que se elevó a los cielos; aquel santo recinto, receptáculo de nuestras primeras ofrendas, nos atrae de un modo tan tierno como amoroso; la plaza, lugar de nuestros juegos y esparcimientos infantiles; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles transmitidos de generación en generación parecen el símbolo de la perpetuidad; la cocina, cuyas paredes ahumadas diríase repiten el eco de los cuentos con que nuestras abuelas amansaban nuestras travesuras; la calle, sembrada de tantos y tan distintos recuerdos; el campo... en fin, todos los objetos que desde el nacer se asocian íntimamente a nuestra existencia de forma tal, que, parecen ser una prolongación de la misma, o el ángel tutelar de nuestro espíritu.

Pues bien; la consideración de que hablar de mi pueblo, exponer su historia, su fé, sus esfuerzos, la obra de los hijos preclaros que produjo, siendo tan pobre y humilde, es poner de manifiesto las grandezas y el valor inapreciables de nuestra madre España, tan fecunda en hombres de valía, hombres salidos de la nada, que, sin más recursos que sus propios méritos, sus virtudes y su inclinación hacia los ideales elevados, supieron encumbrarse escalando paso a paso todos los peldaños que conducen hasta el pináculo de la gloria, me ha movido a escribir este opúsculo, que contiene sucintos datos del origen y formación de Alpendeire, y un intento de biografía de sus más esclarecidos varones. No he llevado otra finalidad que encender en el corazón de mis conciudadanos el amor a nuestro suelo, por el que debemos afanarnos y trabajar sin desmayos ni vacilaciones; porque estos riscos fragosos que se levantan hasta las nubes para hundirse después en abismos

profundos; estos montes poblados de castaños, olivos y encinares; estas cañadas cubiertas de verde ropaje; estas rocas altísimas que parecen gigantes monstruosos y fantásticos, cuyas enormes cabezas se yerguen amenazadoras a más de 1.400 metros sobre el nivel del Mediterráneo; estas aldeas de blanca rívida que presenciaron nuestro nacimiento; estos cementerios de inefable placidez en donde duermen nuestros muertos queridos; estas escuelas de aspecto sencillo, en donde aprendimos a leer, a pensar y a sentir, son nuestra Patria, nuestro orgullo más legítimo, el amor de nuestros amores....

* *Datos históricos* *

de la Villa de Alpandei

La historia de esta villa, como la de otras muchas de la comarca, yace dormida en los apolillados y polvorientos antiguos archivos parroquiales y municipales. «Como el pueblo es pequeño y de escasa importancia—dicen muchos—poco interés puede ofrecer su vida pretérita.» Nadie se acercó por lo tanto a escudriñar los arcanos que encierran los apergaminados legajos.

Mi curiosidad llevóme a examinar algunos, y pude deducir que es árabe el origen de esta población; fué uno de los primeros puestos que fundaron los sarracenos después de la sangrienta jornada del Guadalete, reñida el año 711, a unas cuantas leguas de este lugar, en cuya batalla quedó derribado para siempre el Imperio Gótico-Español.

Los muchos peligros que la escabrosidad y espesura centenaria de estos breñales, poblados de fieras, ofrecían al hombre, hicieron que los primeros invasores no se detuviesen en los agrestes parajes. Sin embargo, se han encontrado en este término municipal monedas turdetanas que justifican el paso de las tribus ibéricas por toda la Andalucía, confirmando el dicho de Estrabón de una manera categórica.

Todas las razas que invadieron nuestra Patria por el Sur, debieron pasar por estas inmediaciones. Digo esto, porque un atalaya colocado en la crestería de «Jarastepax», sierra calcárea que se levanta al N. de Alpandei, vislumbra a través de la azulada lejanía las ruinas de la antiquísima «Carteya» (Algeciras) y el formidable peñón de «Calpe» (Gibraltar). De suerte que desde el punto de vista histórico, es este uno de los lugares más surgerentes de España.

Del paso de fenicios, griegos, cartagineses, romanos y godos, no hay vestigios. Sólo he visto algunas monedas con la inscripción de la palabra «Acinipo», nombre de una ciudad fenicia que gozó de gran importancia durante el poder de Roma, como lo atestiguan las ruinas de su anfiteatro; estuvo situada en lo que hoy se llama Ronda la Vieja. Innumerables son las monedas, armas y objetos morunos encontrados en estos contornos, así como vasijas de barro y otros útiles que se conservan en muchas casas particulares. Todo proclama y dice que musulmanes fueron los fundadores de este lugar. Apenas han sufrido transformación muchos vocablos de su lengua con los que designaron a los ríos, como el Genal; a los arroyos, como el Alhandaque, Alfraguaras y Audalazar; a las fuentes, como la de Alfonceal; a los predios de tierra, como Benamaya; nombres actuales que nos hablan bien claro de sus antiguos dominadores.

El prestigioso caudillo moro Hamet el Zegrí se encontraba en esta vi-

lla reclutando gente para defender a Ronda cuando esta plaza fué sitiada y asaltada por las huestes cristianas, mandadas directamente por el rey Fernando V el Católico, en Mayo del año 1.485, no pudiendo el pundonoroso jefe mahometano romper el cerco ni entrar, por lo tanto, en el recinto de la hermosa ciudad.

En aquella fecha vivían en este lugar 37 vecinos moros.



El primer Cura Beneficiado nombrado para este pueblo fué el Bachiller D. Diego de Medina. Ejerció su sagrado ministerio desde el año 1.566 hasta el 1.602. Al primero que bautizó en esta villa el mencionado presbítero, se llamó Andrés García, hijo de Hernando y de Isabel; recibió las regeneradoras aguas el sábado 15 de Junio de 1566.

Los primeros que se desposaron fueron: Francisco Muñoz y Catalina González, el 15 de Noviembre de 1.573.

Existe en el Ayuntamiento copia de la pragmática del monarca Felipe III, mandando poblar el lugar de *Pandeire* y sus anejos *Pospitar* y *Audalazar* que, encontrábanse a la sazón despoblados, por haber sacado de ellos a los moriscos. De los anejos de que llevamos hecha mención, en la actualidad sólo quedan restos venerables: paredones ruinosos, alguna piedra del molino de brazo que evoca a la mujer moruna que, tras la dura jornada del día, sigue moliendo toda la noche, en su afán de trabajar y afanar; tierra sembrada de rojizos cascotes y de trozos de cerámica, arte cultivado por los expulsados con suma perfección.

El juez encargado por S. M. para cumplir la orden de repoblar, fué don Juan de Mesa Altamira. El Concejo Real de Granada dió las condiciones en que había de cumplirse dicha soberana disposición. Está firmado este documento por Arévalo de Zuazo, y por el escribano de S. M., Hernando de Castro.

Veintidós fueron los pobladores, designados al efecto por Juan de Lagos, vecino de Ronda, los nombres de los cuales y su naturaleza, constan en el Expediente, y, veintidós moradas se hicieron de las sesenta y cinco casas existentes, mas seis que se señalaron: dos para el Beneficiado, y las cuatro restantes para el sacristán, herrero, Hospital para pobres y Pósito de labradores. Así mismo, constan en el referido Expediente el número de árboles y la parte de tierra que se adjudicó a cada poblador y el amojonamiento que se llevó a cabo.



Fué la expulsión de los morisco, económicamente considerada, la medida más calamitosa para España que jamás pudo imaginarse. Un célebre historiador de aquella época escribía: «El bello jardín español háse convertido en páramo seco y deslucido.» En efecto, el hambre hizo pronto su aparición en el país; pues aunque se enviaron, como hemos dicho, nuevos po-

bladores a los lugares desocupados, para que aprendiesen a trabajar en los campos y en los talleres, al lado de aquellos pocos moriscos que al efecto se había dispuesto que quedasen, ni aquel aprendizaje podía dar resultados pronto, ni la aplicación y laboriosidad son virtudes que se improvisan, ni era fácil sustituir a aquella raza de hombres que a fuerza de arte, de paciencia, y de economía, habían llegado como a domar a la Naturaleza y a explotarla en todas sus creaciones. Con ellos faltó la población laboriosa e inteligente; comenzando por la agricultura, el cultivo del azúcar, del algodón y de los cereales, del arbolado y plantas de regadío, en que tanto sobresalían por su admirable sistema de irrigación mediante acequias y canales, continuando por la fabricación de paños, de sedas, de papel y de curtidos, en que eran tan excelentes, y concluyendo por los oficios mecánicos, que los españoles por indolencia y por orgullo desdaban generalmente ejercer. Así fué que al bullicio de las poblaciones sucedió el melancólico silencio de los despoblados, y al continuo cruzar de los labradores y trajineros por los caminos, sucedió el peligroso encuentro con los salteadores que los recorrían y se abrigan en las ruínas de los pueblos desiertos.

Triste es reconocer que, para los desventurados moriscos, no hubo caridad cristiana, ni en ellos se respetaron los derechos inherentes a todo ser humano; y todo esto, en los momentos angustiosos en que se les privaba de Patria y se les proscibía implacablemente.

Reconociendo que aquella medida, bajo el punto de vista religioso, era una consecuencia de las ideas que habían prevalecido en España muchos siglos ha, y que además respondía a la necesidad de la unidad religiosa, los expulsados debieron recibir otro trato por parte nuestra; aquellos desgraciados fueron víctimas de la avaricia de algunos señores, como el duque de Lerma y sus hijos, de quienes se afirma que percibieron por la venta de las casas de los moriscos 500.000 ducados, a más de cometer toda clase de excesos, atropellos y vejaciones en sus personas, actos más propios de hordas salvajes que de hombres que se preciaban de tener y profesar las doctrinas del Crucificado. El verdadero acierto hubiera estado, en atraer al seno de la Iglesia a los descreídos y obstinados, por la doctrina, por la convicción, por un apostolado de sacrificio, por la prudencia, por la dulzura, por la superioridad de la civilización, pero nunca por el odio ni por el exterminio.

El decreto tiene fecha 9 de Diciembre de 1.609 y fué publicado en Andalucía el 12 de Enero de 1.610. El encargado de su ejecución fué el marqués de San Germán, que de su propia autoridad limitó a veinte días el plazo de treinta que el Rey había concedido a los expulsados. Si se embarcaban para Africa, les eran arrebatados todos los hijos menores de siete años.

Una prueba fehaciente de lo mucho que se resintió la agricultura y la industria en esta villa con la expulsión morisca,—de cuya herida aún no ha terminado de reponerse—es la siguiente: en 1.572 existían 784 moreras para alimentar exclusivamente al gusano de seda, y en el día no llegan a media docena los que hay en toda la demarcación.

Las cosechas más abundantes del término en aquellos tiempos, debieron ser la de cereales y la de la seda.

Moreras lozanas y corpulentas sombreaban los «Huertos», donde son

admirables sus intrincadas grutas de estalactitas y estalagmitas, sus misteriosos senderos cubiertos de verdor todo el año y sus fuentes cantarinas. Todavía se perciben en aquellos lugares de delicias los rumores del agua que corre espumosa y limpia a lo largo de las acequias que bordean los caminos, evocadores de leyendas. Aún se aspiran perfumes de azahares, rosas y violetas, y se oyen en las tibias noches primaverales los trinos del ruiseñor lanzados desde el tupido follaje que ilumina con rayos de plata la Luna, reina y señora de la noche...



En los días luctuosos en que las tropas de Napoleón invadieron el suelo hispano, cuando todas las provincias se alzaron en armas contra el Intruso, al grito de «Venganza y Guerra!», Alpendire no permaneció alejado de aquel movimiento que agitaba el alma nacional; al contrario, muchos de sus hijos se alistaron en los ejércitos que las Juntas de Salvación organizaban, y sus vecinos suministraron para atenciones de la Guerra de la Independencia la suma de 12.024 reales, y su Pósito de Labradores facilitó con el mismo fin 593'22 fanegas de trigo, según consta en el archivo municipal.

Después del 19 de Julio de 1.808 en que se libró la acción gloriosa de Bailén, en la cual el ilustre Castaños venció y aprisionó al ejército que acudillaba Dupont, encargado de ocupar Andalucía, reinó la paz en esta región hasta el 1.810 en que volvió a ser invadida por 80.000 franceses que formaban el primero y el cuarto Cuerpos de Ejército, a las órdenes de los mariscales Víctor y Sebastiani.

Ante estos acontecimientos, la Junta Suprema de Regencia que residía en Sevilla, ordenó al general duque de Alburquerque, que mandaba la última división que quedaba sin deshacer—compuesta de 8.000 hombres y 600 caballos—que se trasladase desde las orillas del Guadiana a las del Guadalquivir para proteger su traslado a la Isla de León y más tarde a Cádiz, desde donde ordenó las obras de defensa que convenía practicar para resistir al empuje enemigo.

Don Francisco Javier de Abadía, Comandante General del Campo de Gibraltar y de la Seranía de Ronda, dirigió los trabajos de fortificación. A los vecinos de este pueblo se les ordenó la construcción de una trinchera de piedra de 1.680 varas en las angosturas de las «Albarradas», que aún se conserva, para impedir el paso a la caballería.

Allí se hicieron fuertes los serranos, y, con tesón y bravura, defendieron durante muchos días aquel puesto, ilave de toda la comarca, rechazando los ataques de las columnas francesas, hasta que el General Atavenci lo asaltó con su Brigada. Los heroicos defensores, ante la superioridad numérica, tuvieron que retroceder y desalojar el reducto. Se replegaron con todos los habitantes del pueblo al «Cardel» y al «Peñoncillo», dispuestos a seguir luchando y a vender caras sus vidas.

Tomada la trinchera, los batallones de Atavenci atravesaron el desfiladero de «El Infiernillo», y coronaron las cumbres del cerro llamado «El Cuervo», desde las cuales se domina el pueblo.

Empezaba ya a descender la vanguardia, por las laderas de dicho cerro, cuando el Regidor don Antonio Tomás Cortés, informado de los atropellos vandálicos a que se entregaba la soldadesca, y queriendo librar a su pueblo del fuego y de la destrucción, salió con el bastón de mando al camino de la «Fuentezuela», situado al N. del pueblo, a pocos metros del cementerio. Allí, enarboló bandera blanca, capitulando, primero, con los jefes de Estado Mayor, y después, con el propio general Atavenci que entró en el pueblo con solo los mencionados jefes y una pequeña escolta. Visitó la Iglesia y la Casa Consistorial, en donde fué obsequiado por el mencionado Regidor. Atavenci, altamente agradecido por las atenciones recibidas, regaló a don Antonio Tomás un fusil que aún conservan sus biznietos, ordenando inmediatamente la retirada de sus fuerzas hacia la villa de Gaucin.

Esta capitulación fué desaprobada y acremente censurada por el Comandante General Abadía, que tildó de afrancesado al Regidor, al que impuso fuerte multa.

Más tarde, este señor justificó su patriotismo, y probó suficientemente que, si bien se entregó, no fué por cobardía ni vileza alguna, sino por salvar a su pueblo y a su templo del incendio y del saqueo francés, de lo que no se libraron otros limitrofes, como Atajate, que fué casi totalmente arrasado.

El general español don Luis de Lacy, también estuvo en este pueblo en Julio de 1.810 y si bien no pudo realizar su plan de fortificar con castillejos ciertos parajes de la Serranía, para lo cual necesitaba más tiempo y más desahogo que el que le dejaban los franceses, animó, no obstante con su presencia, a estos lugareños y ayudado de Aguilar, de Montejaque; Valdivia, de Ronda; Becerra, de Igualaja, y otros intrépidos jefes de partidas, dió no poco que hacer a los soldados de Bonaparte. Mas reforzados estos con tropas enviadas por los mariscales Victor y Sebastiani, vióse obligado Lacy a refugiarse en la fuerte posición de Casares.

En 14 de Abril de 1.812, otro general español, don Francisco Ballesteros, se replegó en esta sierra, acosado por el mariscal Soult, duque de Dalmacia, sucesor de Victor y Sebastiani.

Los franceses se retiraron de esta Serranía a fines de Diciembre del año 1.812, después de dos años y medio de dominación y a los cinco meses de haber sido levantado el sitio de Cádiz.

Como premio a la conducta patriótica que observó este pueblo durante la guerra de la Independencia, y por su constante lealtad y distinguidos servicios, el Rey Don Fernando VII le otorgó Real Cédula de Villazgo, por la cual lo sacó de la jurisdicción de Ronda y lo condecoró con los títulos de Muy Noble y Fidelísima Villa; mandando poner horca, picota, cuchillo y demás insignias de jurisdicción civil y criminal, alta y baja, que acostumbraban usar las villas que las tenían. Su primer Alcalde, fué don Tomás Feliciano Sánchez.

Aquel precioso documento obra en el archivo municipal, está fechado en el Palacio Real de Madrid el 30 de Octubre de 1.814 y lleva el sello y la firma autógrafa de Fernando el «Deseado».

La horea se colocó en el camino de Ronda, en la portada que dá acceso a la finca llamada el «Canal», y la picota,—que existe todavía en buen estado—en la era denominada del «Pozuelo».

En Agosto del año 1.873, las partidas republicanas asesinaron vilmente, en la calle, disparándole por la espalda, una descarga, al bueno y honrado don Diego Vázquez y Cortés, (abuelo paterno del que escribe estas líneas), hombre sano, laborioso, íntegro; se sacrificó en aras de sus ideales monárquicos, de los cuales jamás abjuró.



Bueno será consignar algunas notas geográficas y estadísticas de la villa de Alpendeire, situada en un recuesto de la extremidad Sur de Sierra «Jarastepar», entre los cerros llamados «El Cuervo» ya nombrado, «El Correjón» y «Castillejos». Tiene 1.132 habitantes y 362 edificios según los últimos Censos oficiales.

Está a 693 metros sobre el nivel del mar. Pertenece a la provincia de Málaga, de cuya capital dista 103 kilómetros, y al partido judicial de Ronda. Un camino vecinal, de reciente construcción, de 17 kilómetros, la enlaza con esta ciudad. Su término municipal ofrece vistas panorámicas de una hermosura incomparable. Desde las cimas de los montes se divisan las últimas estribaciones de la cordillera Peribética que, escalonadamente, van a morir al pie del Peñón de Gibraltar, en los repliegues de las cuales se admiran los pueblecitos de Benarrabá, Algatocín, Benalauría, Benadalid, Atajate, Faraján y Pujerra. Tiene una extensión superficial de 3.077 hectáreas, 18 áreas y 11 centiáreas, catastradas. Produce cereales, aceite, vinos, corcho, maderas y carbón vegetal. El ganado lanar, cabrío y de cerda, tiene alguna importancia. Existen minas de cobre, de hierro y de esquistos bituminosos, sin explotar.

Su Iglesia parroquial, de estilo orden compuesto, es una grandiosa construcción de ladrillo y granito con estuco de yeso, interior y exteriormente; es de crucero completo y sus dos torres campanarios tienen una altura de 26 metros. Tiene tres espaciosas naves sostenidas por arcos y ocho columnas. Entre sus once altares merecen especial mención, el altar mayor, soberbio retablo de estilo churrigueresco en su base y parte alta, respondiendo la central al orden dórico; y el de Santa Teresa de Jesús, del más bello y admirable plateresco.

En su cripta, se conservan momias en muy perfecto estado.

Fray Blas Ordóñez

El que haya visitado el suntuoso templo parroquial de Alpendeire,—ya descrito—fábrica de grandiosa magnificencia que quiso levantar la fe y la piedad de sus hijos, a principios del siglo XVIII, sobre una roca arisca, como canto perenne a la Divinidad, habrá observado cómo en su nave lateral izquierda, y frente al altar del Sagrario, hay una tumba sencilla y misteriosa, en la que reza por toda inscripción las siguientes palabras: «Un agradecido a su bienhechor».

Fué preocupación constante del que escribe estas líneas, averiguar a quién pertenecieron los restos mortales que yacían bajo la losa marmórea y en lugar tan preferente. Muchas fueron las veces que interrogó a los hombres más viejos acerca del particular; pero las opiniones de estos discrepaban.

Su fantasía forjaba mil suposiciones, aunque siempre adivinó fuesen de algún ministro del Señor, o acaso de algún prebendado de alta alcurnia, por el hecho insólito de estar sepultados en el lugar preciso en que hay que hacer genuflexión al Santísimo. Hasta que cierto día, investigando, con la venia del bondadoso párroco don Roque Duarte, (hijo también de este pueblo), los archivos parroquiales, que datan del año 1.556, de aquellos tiempos de gloria en que *Legazpi* conquistaba y anexionaba las islas oceánicas que descubrió Magallanes y a las que bautizó con el nombre de *Filipinas*, en honor del prudente Felipe II, reinante a la sazón en España e Indias, encontró en el Libro VI de Colecturía, la reseña de los funerales celebrados en sufragio del alma del R. P. de la Orden de Santo Domingo, Fray Blas Ordóñez, y el enigma quedó aclarado.

Maravilla la pompa y solemnidad que don Miguel Alarcón, entonces Beneficiado propio de Alpendeire, dió a aquellas honras que duraron tres días: 27, 28 y 29 de Septiembre de 1.827.

De los pueblos circunvecinos acudió inmenso gentío a presenciar aquellos actos religiosos, de tanta majestad y esplendor, en los cuales oficiaban quince sacerdotes.

Empezaron los cultos en la tarde del 27. La Iglesia, profusamente iluminada, con ser tan amplia, era incapaz de contener la enorme aglomeración de fieles. Cantáronse solemnes visperas de difuntos, actuaron dos sorchantres y una orquesta traída de Ronda, hubo los intermedios acostumbrados, en las Iglesias mayores, también se cantaron los Maitines y Laudes de Difuntos, todo lo cual fué presidido por el R. P. Predicador, Francisco de Paula Hermosín, Prior del Convento de Santo Domingo, de Ronda. Tres horas duraron estos ejercicios, en medio de la más ferviente edificación.

Organizóse después una procesión, que se dirigió al panteón o cripta de la Iglesia, en donde fueron exhumados los restos de Fray Blas, para lo cual

se tenía la correspondiente autorización; se depositaron en una caja de caoba. Cuatro Padres de la Orden de Santo Domingo, los trasladaron a la morada del Beneficiado Alarcón, en la cual fueron velados durante aquella noche.

A la mañana siguiente, salió la Parroquia, precedida de las hermandades del Santísimo, Jesús Nazareno, San José, y Animas, con sus respectivos estandartes; los cofrades llevaban sendos hachones de cera; iban los quince sacerdotes revestidos, entre ellos, tres capas y dos cetreros, también con capas pluviales. Cerraba el cortejo el Ayuntamiento. Detúvose la fúnebre comitiva en el domicilio del mencionado señor Alarcón, entonando el clero solemne responso. Sacado el féretro, que conducían los mismos Padres, púsose de nuevo en marcha e hicieron muchas posas durante el trayecto; ya en el templo, fué colocado sobre severo catafalco, cantándose la Vigilia de Difuntos y celebrándose el santo sacrificio de la Misa, después de la cual se procedió a enterrar definitivamente los restos en la tumba de que llevamos hecho mención.

El último día, festividad de San Miguel Arcángel, Santo del organizador, los quince sacerdotes aplicaron la Santa Misa por el alma del extinto fraile, siendo creencia general que había muerto en olor de santidad, por su vida austerísima y ejemplar y porque se encontró su cuerpo incorrupto revestido con los ornamentos sagrados que le sirvieron de mortaja, los cuales permanecieron intactos apesar de los veintiocho años que habían transcurrido después de su muerte, acaecida el 27 de Junio de 1799.

Allá por los años 1740, fué nombrado don Alfonso Gil Ordoñez y Rendón, Cura Beneficiado de esta Iglesia, y establecióse en este pueblo, en donde tenía familia. Pariente de aquel presbítero, fué el referido Fray Blas Ordoñez que nos ocupa.

Solía venir éste todos los años, desde su residencia conventual de Málaga, a predicar a sus paisanos durante la Cuaresma, invitado por su ilustre deudo el señor Gil Ordoñez, pasando además grandes temporadas al lado de su familia, pero ejerciendo siempre su apostolado. En una de ellas, en Diciembre de 1796, tuvo ocasión de ser padrino de bautismo del niño Miguel Alarcón, al cual designó, desde aquel momento, como futuro ministro de Cristo.

Próximo a morir, reveló este deseo al Beneficiado, que lo era entonces don José María Avilés y Zenteno, ilustre rondeño, y le pidió como último favor que a su ahijado les fuesen adjudicados los censos de la Capellanía «Fuente del Espino» fundada en 1770 por el señor Gil Ordoñez, con el fin de costear la estancia y estudios de un seminarista de Alpendeire en el Seminario Conciliar de Málaga.

Ofreció aquél, ante el lecho de muerte del venerable dominico, cumplir su postrera voluntad, y apreciando además la vocación e inteligencia que reunía el párvulo Miguel Alarcón, le prestó una ayuda franca y decidida, y consiguió que algunos años después, su recomendado recibiese las órdenes sacerdotales de manos del eminente Prelado Dr. don Juan Bonel.

Digno de recordación es el ya muchas veces referido don Alfonso Gil Ordoñez; gracias a la fundación que estableció, siempre hubo un hijo de este pueblo cursando sus estudios en el Conciliar de Málaga, y así salió de es-

ta villa una pléyade de presbíteros, entre los que figuran don Juan Martín Cortés y Ordóñez, don Francisco Brito, don Miguel Alarcón.... Dejó también su nombre al pie del lienzo de Animas, que costeó la devoción del vecino de esta villa don Gaspar Rodríguez, mayordomo mayor de la Hermandad el año 1.753.

Fray Blas también nos legó un recuerdo: gestionó y consiguió que el Papa Pío VI expidiese un breve en 11 de Julio de 1.787, en el que declara alfar privilegiado perpetuo al de Animas, enriqueciéndolo con gracias espirituales.

Doctorado ya el Padre Alarcón, ansiaba llegase el momento de poder expansionar aquel sentimiento de gratitud que agitaba su alma; vivamente deseaba pagar aquella deuda sagrada. Imaginó un homenaje regio, y lo puso en práctica; colocó el cuerpo momificado de su padrino y bienhechor en el lugar en que todos los hombres tienen que doblar la rodilla; para que, al rendir pleitesía al Rey de Reyes, lo hicieran también a los restos de su venerable y querido protector.

El Dr. D. Miguel Alarcón.

Morales y Molina. *

Todavía suena en los oídos de los más ancianos habitantes de Alpendeire, el nombre del «Padre Beneficiado». Así designaron a este sabio e ilustre teólogo. Aún se conserva su retrato al óleo y los lienzos, muy comidos por la pátina de los años, que adornaron el solar del egregio Doctor.

Fueron sus padres, don Salvador Alarcón y Morales y doña Catalina de Molina, y él vino al mundo el día 13 de Diciembre de año 1.776. Desde muy pequeño, entró al servicio de la Iglesia parroquial, cuyo cura, don José María Avilés y Zenteno,—del que hablamos en el capítulo anterior—observando las dotes extraordinarias que en él concurrían, encargóse de su educación, y llegó a quererle con todas las ternuras juntas: como padre, como hermano, como amigo, como creador. Y supo comunicarle toda la ciencia que él poseía, inculcándole su virtud, infundiéndole su santidad; había vertido en su cerebro todos los Frutos del Espíritu Santo y el ideal supremo que debe guiar a todo hombre en esta vida.

Con tan sólidos cimientos, don Miguel de Alarcón, de suyo estudioso e inteligente, llegó a escalar sin gran esfuerzo los puestos de más honor y prestigio dentro de la Archidiócesis granadina. Después de recibir el orden sacerdotal, se doctoró en Sagrada Teología. Más tarde, siendo todavía muy joven, ocupó una de las cátedras de Derecho Canónico de la Universidad de Granada; fué Beneficiado propio de Alpendeire y de Atajate; Nuncio y Alcaide de Penitencia del Santo Oficio de la Inquisición en el Reino de Granada; Examinador sinodal del mismo Arzobispado; Teólogo consultor de las Diócesis de Málaga y Albarracín; Juez sinodal de número del Real Consejo de las Ordenes y Predicador honorario de Su Majestad el Rey Don Fernando VII.

En el campo de la Teología y de la oratoria sagrada fué donde más se destacó; su palabra autorizada, vibrante, fácil, flúida, conmovía a las masas ávidas de oírle; con sus profundos conocimientos teológicos, llegó a electrizar muchas veces a los más cultos y selectos auditores.

En las honras fúnebres, que la imperial y real Universidad Literaria de Granada consagró a la gloriosísima memoria de la Señora Doña Isabel Francisca de Braganza y Borbón, Reina Católica de España e Indias, el «Padre Alpendeire» fué el encargado de la oración necrológica.

En la Iglesia Colegial del Salvador, de la morisca ciudad de los Cármenes, desarrolló por la mañana y tarde de los días 26 y 27 de Febrero de 1.819 un admirable trabajo literario que dedicó al Señor Don Fernando VII,

con el título de «Bienes y Males de España», cuyo texto impreso se conserva en esta villa, y que el que suscribe ha tenido la satisfacción de leer.

Acostumbrado el ilustre señor don Miguel de Alarcón, a predicar en la Corte y a sostener frecuentes polémicas filosóficas en muchas ciudades, no extraña la elocuencia que derrochó en el púlpito del Salvador. Con la circunstancia, de que momentos antes de subir a él, le anunciaron que su madre agonizaba.

Describe magistralmente la figura de la joven reina, crisol donde fundían todas las virtudes, sobre las cuales predominaba la Caridad que la llevaba a los hospitales, donde llegó a mullir con su real mano las camas de los enfermos y mutilados, y a las Casa-cunas, en las que lavaba y limpiaba a los niños con maternal solicitud y cariño.

Retrata con mano maestra la pena y aflicción del Rey Fernando con motivo de la muerte de su segunda esposa. Encarga a sus oyentes que en aquellos supremos momentos todos deben pedir a Dios por el Monarca, y les pronostica otros mayores males. Acaso presagiaba la serie de sublevaciones y levantamientos que se incubaban; quizá su mente luminosa veía la no muy lejana derrota de *Ayacucho*, en la que perdimos todo nuestro gran imperio colonial de América; pero afirma que estos males serían evitados por los españoles con una fidelidad y adhesión muy acendrada a su Rey, y con la unión y concordia que intenta, como fruto precioso de su sermón.

Murió repentinamente en la sala de su casa, sita en la calle del Pilar número 5, de esta villa, el día 31 de Agosto de 1.834.

Otorgó testamento ante don José García Galves, de los del Número de la ciudad de Ronda, por el cual, dispuso que no se le dicesen más de cuatro misas rezadas por no perjudicar a la Colecturía, y después de satisfacer las Mandas Pías de costumbre y Reales derechos, nombró por herederos de sus bienes a doña Francisca Ruiz su ama de casa, a los pobres de este pueblo y a esta Iglesia parroquial, a la que donó varios cuadros y ropa de su uso. Designó como Albaceas a los Alcaldes de Ronda y de Alpendeire.

No pudieron cumplirse las infinitas disposiciones contenidas en el testamento, porque las hermanas del finado presentaron demanda judicial y litigiosa ante el Juez de Testamentos y Obras Pías, alegando que perteneciendo a sus padres los bienes, no podía su hermano difunto disponer de ellos.

¡Lástima que los apellidos del sabio sacerdote se vayan extinguiendo del pueblecito que le vio nacer!

Sucedióle en el cargo, el presbítero don Miguel Barea y Vázquez.

El presbítero don Tomás Arcadio Sánchez Bullón.

¿Quién no recuerda,—no sólo en Alpandeire, su pueblo natal, sino en los demás de la Serranía de Ronda,—la modesta y venerable figura de don Tomás Arcadio? El sacerdote de cabellos blancos, de estatura pequeña, cabalgando siempre sobre dócil asnillo, embutido en su gruesa y amplia capa, tejida en el rudimentario telar pueblerino, que llevó la dirección espiritual de lo poco bueno que por estos lugares iba quedando.

Ya no lo encuentran, ni el caminante, ni el arriero, por las sendas y encrucijadas de la hispida montaña. Su éxodo santo por estas tierras ya terminó.

La viejecita devota y limpia, vívido relicario de la Fé, preciada herencia que le legaron sus mayores, tampoco lo halla tras las tablas del confesionario; ya sus oídos no perciben el rumor de sus oraciones, reveladoras de su presencia en el Santo Tribunal; murmurio místico, que atravesaba las celosías, para romper el silencio profundo e imponente que reinaba en la vetusta y semiruinosa nave.

Los desvalidos y desgraciados de estos contornos que en él encontraron caudal inagotable de caridad, de paz, de consuelo y de remedio de todos sus males, ya no lo ven. Y lloran su muerte y veneran su memoria con religiosa devoción.

Las puertecitas descoloridas de estos Sagrarios también lo añoran. Su mano temblorosa ya no descubre la áurea cortinilla del Tabernáculo, para dar de comer a los «asíduos» el manjar excelso de la Eucaristía.

Su actividad sacerdotal era prodigiosa; diríase estaba dotado del don de la ubicuidad. Hubo primer viernes de mes que dió la sagrada comunión en cuatro pueblos; por esta causa, era conocido en toda la comarca con el sobrenombre de «Obispo de la Serranía».

Fué un apóstol en el verdadero sentido de la palabra. Su aspecto era rudo; lo mismo veíasele con el breviario en las manos que con la azada; predicaba más con la acción que con la palabra, y solía repetir la célebre frase del gran Cardenal Cisneros: «Fray Ejemplo es el mejor predicador.»

Antes que el alba tendiera sobre las cúspides del campanario parroquial sus gasas claras, ya él había hecho sonar la campana en toque lento, largo y acompasado, que despertaba a sus fieles y les anunciaba que el Santo Sacrificio iba a empezar. Y estos, distinguían perfectamente cuando tocaban a la misa de don Tomás. ¡Cuánta belleza, cuánto encanto, había en las de «aguinaldo», que él siempre celebró en este templo, aun cuando ejerciera su ministerio en diferente liturgia! ¡Cuánta música se derrochaba en ellas,

cuántas coplas explicativas de los misterios que se consideraban! ¿Y las «auroras»? Aquellos cánticos matinales tan sublimes y cadenciosos que nos impresionaban dulcemente y nos llevaban a la Iglesia, rodeados de la alegría y el regocijo. Todo esto se fué con él. ¿Volverán otra vez los tiempos idílicos? Sábelo Dios.

En sus cincuenta y cinco años de sacerdocio, realizó obras piadosas que la indiferencia y la incredulidad destruyeron. En su finca «Las Cuartas», en este término, levantó una ermita, que hoy sirve de majada para el ganado. El reconstruyó, de su peculio particular, el reloj de la parroquia, y para reparaciones de ésta, cedió en diferentes ocasiones importantes sumas.

Pues bien; el premio de tanto desvelo, de tanto amor y de tanto sacrificio, es nuestra ingratitud y nuestro olvido. Hasta el extremo, que consentimos que su tumba esté confundida con las más pobres, y que sobre ella no rece ni su nombre. Siempre recordaré con tristeza las lágrimas que le ví derramar cuando, decrepito e inutilizado por los años, tuvo que abandonar la casa Rectoral y hacer entrega de su curato, para disfrutar con su hermano don Cristóbal, la pensión que la caridad de nuestro amantísimo Prelado, Ilustrísimo Sr. D. Manuel González y García le concedió. De no haber sido así, hubiese muerto en la indigencia y en el dolor.

Nació el 12 de Enero de 1.841. Sus padres fueron: don Juan Andrés Sánchez Torres y doña Paula Bullón Aguilar. Fué ordenado en Málaga por el Obispo titular Dr. Cascallana y Ordóñez. Celebró su primera misa el día 8 de Octubre del año 1.866. En este acto, fué apadrinado por don Antonio Vallecillo, cura párroco; don Francisco Sánchez García, abuelo paterno; y don Francisco de la Cruz Sánchez, su tío.

Cuentan, que una lucida cabalgatá fué a recibir al misacantano a la «Pila de la tía Gaspara», cerca de Ronda, y que de regreso, los caballos, ebrios por el olor de la pólvora, subieron las escalinatas que conducen al atrio del templo, y que los licores corrieron en abundancia por las calles.

Descansó en el Señor el día 10 de Septiembre de 1.921.

El Profesor

D. Roque Ayala Sánchez

En esta relación de honor que de los hijos ilustres de Alpandire me he propuesto hacer, le ha correspondido figurar ahora a un pedagogo insigne: a don Roque Ayala Sánchez.

Muy joven todavía—a los 24 años—, salió de su tierra natal, en que por ello renunciase a ella en ningún momento de su vida, ni dejase de amarla con el cariño más tierno y constante, para entregarse de lleno a la noble y elevada misión de enseñar. Empezó a ejercer su profesión en la inmediata villa de Faraján, a cuya Escuela fué destinado en calidad de Maestro propietario. Su labor silenciosa, eficaz y redentora, puede apreciarse en aquel pueblo venturoso; y digo venturoso, porque en él no existe ni un analfabeto. Todos sus actuales vecinos desfilaron bajo la férula del gran Maestro; todos recibieron sus enseñanzas sanas, sus orientaciones prácticas, y, gracias al influjo educativo que aquél supo infundirles, el pueblo del que llevamos hecho mención, es un pueblo activo, rico, emprendedor, emancipado, que cuenta con medios de vida propios, que ha sabido destacarse de sus aledaños, y esta evolución, este mejoramiento, se lo debe a don Roque Ayala.

Los gérmenes que el benemérito profesor sembró por espacio de cuarenta y nueve años, ahora están fructificando ubérrimamente. En efecto, preguntad lo que era Faraján hace medio siglo y os convenceréis de mi aserto.

Murió el acrisolado funcionario; sus despojos mortales reposan en la tumba solitaria, pero su espíritu vive: lo repartió pródigamente entre los moradores de la pintoresca villa; su sombra benéfica y veneranda, siempre flotará sobre el blanco caserío de ésta, cual luminica estela.

¡Cuánto sacrificio, cuánta perseverancia supone disciplinar un pueblo en aquellos tiempos, y a un pueblo que lo recibió con hostilidad! Hubo de luchar contra la rebeldía y contra la indiferencia. Su amor a la niñez, en aras de la cual se inmolaba gustoso, y su entereza de carácter, le dieron el triunfo más completo. Y llegó a gozar de gran predicamento, ejerciendo una influencia moral grandísima sobre todos, y todos vieron en él al Apóstol desinteresado y bueno que sólo anhelaba extirpar las tinieblas de la ignorancia, para implantar en su lugar la luz esplendorosa de la sabiduría y de la educación.

Cuentan, que cuando sus discípulos no asistían a la Escuela, él salía a buscarlos, y ya los encontraba en el campo, en las calles o en sus casas, los conducía al salón de clases. Así trabajaba; hasta este extremo llegaba en su ardiente deseo de regenerar al pueblo que la Patria le había encomendado.

Un culto maestro y notable escritor que regentó aquella Escuela, pudo observar la labor meritisima del finado; e impulsado por un sentimiento de

justicia, propuso a las autoridades locales, tributar un homenaje a la memoria de su esclarecido compañero. Indicó, entre otras cosas, que se diese el nombre de Roque Ayala a la calle del Caracol; pero su proposición cayó en el olvido, primero, aprobándose, años después, y a sus nuevas instancias, la honrosa propuesta, y nombrándose al pedagogo modelo «hijo adoptivo y esclarecido» de la villa.

Nació el extinto en Alpandeire, el 4 de Noviembre de 1.848.

Falleció en Faraján el 4 de Marzo de 1.921.

Sus padres fueron: don Miguel Ayala Harillo y doña Isabel Sánchez Duarte.

El Médico

D. Francisco Duarte y Cortés

En el diseño que vengo haciendo de los hijos preclaros de este pueblo, me impuse un orden cronológico riguroso, siguiendo el cual, aparece en esta Galería el Médico don Francisco Duarte y Cortés.

Tengo a la vista las cuartillas que dediqué a su memoria en el acto de descubrir una lápida conmemorativa que este Ayuntamiento le ofreció, y no encontrando en mi pobre mente nuevas ideas con las que delinear al exínto, transcribo aquellas a continuación:

«Señoras: Señores:

»Fué peculiar y característico de todos los pueblos y de todos los tiempos el rendir homenaje a los muertos. Junto a la ciudad de los vivos levantábase solemne, la ciudad de los muertos: «La Necrópolis». Sus edificaciones de mármoles y malaquitas fueron grandiosas. Los más notables artistas dedicaban a ellas toda su actividad. De sus amplias calles, erguíanse, en correctas alineaciones, largas filas de cipreses que hendían sus copas verdinegras en las nubes, como indicando el camino de la Eternidad; y cuando eran azotados por el viento, un pavoroso rumor dejábase oír,—se diría entonaban un canto funeral, un arrullo triste, una caricia, a los que dormían bajo sus sombras el sueño helado de la muerte.

»El pueblo egipcio fué el que más se distinguió en su culto a los que fueron; muchos siglos antes de Jesucristo dedicaba a aquéllos la más sublime obra de su Literatura: «El Libro de los Muertos»; movidos por un fanatismo religioso, supieron poner tanto cariño y tanta ternura en sus cadáveres, que aún se conservan momificados a pesar de la formidable cantidad de años que sobre ellos gravita.

»Los romanos, encerraban con veneración en urnas cinerarias los restos de sus «manes». Porque ¿qué cosa más lógica y natural, señores, que seguir amando después de muertos, al padre que nos dió el ser, a la madre que nos nutrió con su propia sangre, al hijo que se llevó al cementerio trozos desgarrados de nuestro corazón, al amigo entrañable que nos abandonó para siempre? El terror absurdo que la muerte nos causa, nos hace huir del sepulcro; el miedo más horrible nos separa de la yacija oscura y estrecha en que reposan nuestros seres más queridos, como si tarde o temprano no tuviésemos que ir a hacerles compañía eterna. Bien considerada, la vida que tanto estimamos, no es más que un mar encrespado, cuyas olas gigantes, unas veces nos levantan sobre montañas, otras nos sepultan en profundos abismos, y este tenebroso mar, no tiene ni brinda más que un solo puerto, que es la muerte. Ved a lo que queda reducido el honor, la grandeza, el or-

gullo, la soberbia y la ambición de un hombre cuando cae su hora en la lenta clepsidra del Destino. Nada hay firme en este mundo sinó Dios; todo lo demás pasa y fenece, como pasa y fenece la densa columna de humo que va deshaciendo la más ténue corriente de aire.

»Pues bien; ese impulso que decíamos reflejarse en todas las épocas y en todas las generaciones de reverenciar la memoria de sus antepasados, reúne hoy a los hijos de Alpanseque en dos actos: esta mañana, la Iglesia, siempre santa y piadosa, nos llamaba a su regazo con el lúgubre doblar de sus campanas y requería el sufragio de nuestras oraciones para el alma de su siervo Francisco que un año ha dejó de existir, y nos recordaba con su liturgia y en sus salmos que, sobre el aniquilamiento de las más grandes glorias terrenas, se asienta la inmortalidad de todas las criaturas, por pobres y humildes que sean.

»Esta tarde, un sentimiento de gratitud, una deuda sagrada, nos trae a la casa donde vivió y murió don Francisco Duarte, para testimoniar de una manera sensible, para plasmar, el reconocimiento y la admiración que su nombre nos inspira.

»Yo quisiera corresponder a la magnitud de este acto con una ofrenda digna a la grandeza del hombre que se recuerda; lo deseo, no sólo por el éxito mío, que esto sería muy humano, sinó porque siempre fui el entusiasta de su obra benéfica, y porque en todo momento le profesé un cariño franco y verdadero. Tengo que renunciar a este honor por carecer en absoluto de las condiciones literarias precisas; pero sí puedo asegurar que su muerte ha sido para nosotros una de esas desgracias que nos tocan muy de cerca, que nos ha herido hasta cierto punto como una calamidad doméstica.

»Porque no hay un hogar en este pueblo en donde no se note su ausencia y adonde él no hubiese llevado la esperanza y la alegría; porque siempre tuvo palabras de consuelo para el afligido y porque para salvar a sus enfermos no omitió medio, no desmayó jamás; cuando la entidad morbosa no obedecía a su plan curativo, empleaba los más recientes procedimientos y siempre dedicó a aquellos una frase cariñosa, una sonrisa que les animaba y les hacía olvidar la idea de la muerte, aunque su ojo clínico la vislumbrase tras la cabecera del lecho.

»Y vosotras, madres de familia, ¿cuánto no le debéis? ¿A cuántas os libró de una muerte segura en los momentos supremos de traer un hijo a la vida? Mi desventurada madre sucumbió en la flor de sus años porque él no pudo prestarle sus auxilios poderosos; fué una víctima que cayó abrazada a los deberes maternos; a ese gran misterio que eterniza la Humanidad. ¡¡Bendito sea su nombre!!

»El médico Duarte fué hombre de una voluntad férrea; hijo de padres modestos, supo vencer todas las dificultades hasta conseguir el triunfo. En el Instituto de segunda enseñanza de Jerez de la Frontera, siendo mancebo de una Farmacia, obtuvo el grado de Bachiller, y dedicando al estudio las horas que robaba al sueño y al descanso, consiguió licenciarse en la Facultad de Medicina de Cádiz con notas de sobresaliente, mereciendo la estimación de aquel Claustro de profesores y el cariño de sus compañeros. Era el prototipo del caballero cristiano, el padre amantísimo, ejemplar, especie de brillante, en cada una de cuyas facetas reflejaban las más bellas prendas mora-

les, a las que unía las físicas más perfectas; de alta estatura, bien proporcionado, de andar magestuoso, de modales distinguidos, gustaba vestir con pulcritud esmerada, y cuando apoyado en su inseparable bastón cruzaba nuestras calles, diríase las llenaba con su figura arrogante y simpática.

»Nuestro ilustre Ayuntamiento, interpretando fielmente el deseo unánime y queriendo premiar la labor del finado, ha acordado en su honor: Primero, que la calle de Cantaranás lleve el nombre de Doctor Duarte y Cortés; Segundo, fijar sobre la fachada principal de la casa en que ocurrió su óbito, una lápida con sentida inscripción para que las generaciones futuras sepan que allí vivió un hombre bueno y santo que se llamó don Francisco; y Tercero, nombrarle hijo predilecto de este pueblo que fué su cuna, títulos que su familia sabrá guardar como preciadas joyas en el altar de sus recuerdos.

»No quiero cansaros más, señores; sólo me resta suplicaros que no os olvidéis de dirigir vuestro pensamiento al Cielo, en donde nuestro llorado facultativo habrá encontrado el lugar de la luz y del refrigerio de que hablan las Santas Escrituras y pedirle que ruegue al Altísimo para que la paz de Cristo reine en este pueblo y para que sus hombres se amen y protejan, como hermanos que son en la gran familia universal.—He dicho.

»14 Diciembre 1924.»

El Doctor

D. Francisco Ruiz Vázquez

¡Cuánto cariño y cuánta pena se compendian en el bosquejo que hoy intento hacer de este eximio y filantrópico doctor! Cariño, porque Paco Ruiz Vázquez fué el primo entrañable, el amigo íntimo de mi niñez, el camarada fiel y jamás olvidado.

Nacidos en el mismo pueblo, casi en la misma casa, nuestros años corrían paralelos; todavía recuerdo con dulce nostalgia nuestros juegos infantiles y nuestras travesuras de rapaces.

Pena, porque ¿quién no llora la muerte de un ser querido en la primavera de su edad, en lo más hermoso de sus años, cuando empezaba a coger el fruto de sus desvelos y de sus trabajos, cuando la vida le sonreía y cuando había conseguido destacarse de los demás, ocupando cargos honoríficos? ¡Ay! La muerte es implacable y tiene preferencias misteriosas; muchas veces no espera que blanquee la nieve en una cabeza para escogerla por víctima. Triste y fatal hecho es, que antes de terminar su jornada bienhechora, sean arrebatados de este mundo sus pocos ángeles de caridad.

Pena, porque quisiera que las musas se mostrasen fecundas conmigo; desearía iluminasen mi imaginación estéril con la luz divina del genio, y me inspirasen un poema grandioso, una epopeya sublime, de esas que se señalan con piedra blanca en los fastos de las Letras, para consagrársela, y para que a través de sus cantos se inmortalizasen su personalidad, su vida, modelada en el sacrificio, y su amor y su entusiasmo por los pobres, para los cuales era su corazón, porque sabía que en ellos existen todas las miserias y que de ellos proceden todas las grandezas.

Pocas existencias han estado mejor empleadas que la suya, aunque se tome en cuenta la brevedad de sus días. Preguntad a los humildes y menesterosos de los barrios de la Trinidad y de Capuchinos, de Málaga, y os dirán: que don Francisco Ruiz Vázquez fué para ellos a más del médico sabio, bondadoso y solícito, que curaba sus lesiones y cicatrizaba sus heridas, el padre misericordioso y previsor, que adivinaba todas las necesidades de sus hijos y las remediaba y las socorría con mano espléndida. Allí se informarán de su puntualidad a la consulta gratuita del Dispensario antituberculoso de la Alameda del Hospital Civil, donde después de recetar y establecer el régimen que habían de seguir sus enfermos, derramaba sobre ellos sus limosnas y sus consuelos.

Aún me parece que lo veo tocado de su bata de inmaculada blancura, tan joven, tan varonil, tan lleno de vida, con aquella sonrisa tan suya, tan característica, que siempre se dibujaba en sus labios, tan rodeado de seres

abatidos por el dolor, de tantas madres suplicantes que requerían sus auxilios y que veían en él la fuente bendita de la que manaba el agua regeneradora que había de devolver la alegría y la salud perdidas.

Tanta abnegación y tanto sacrificio, debieran ser perpetuados de algún modo. Yo, con toda clase de respetos, me permito llamar la atención del Excmo. Sr. Alcalde de Málaga, defensor de los más bellos ideales, para suplicarle proponga a la ilustre Corporación que preside, acuerde dar el nombre del Doctor Ruiz Vázquez a una de las calles de los barrios mencionados.

Así, haría justicia a la labor merítísima de un hombre bueno y funcionario modelo.

Nació el 2 de Marzo de 1.890. Cursó latín en el Seminario conciliar de Málaga, y luego en el Colegio de los Santos Arcángeles de dicha capital, hizo su preparación para el Bachillerato. En Cádiz, se licenció en Medicina y Cirujía, siendo alumno interno del Hospital de San Juan de Dios.

Principió a ejercer su carrera en las Minas de Río Tinto (Huelva); parecía haber nacido para calmar la angustia y los sufrimientos que pesan sobre la masa obrera. Más tarde fué Médico titular de Alcalá del Valle (Cádiz), cuyo pueblo le reverenciaba. Tras brillantes ejercicios de oposición, obtuvo una plaza en la Beneficencia Municipal de Málaga.

En Junio de 1.923, la Universidad Central le otorgó la investidura de Doctor. Era Subdelegado de Medicina del distrito de Santo Domingo.

Y, súbitamente, bruscamente, trágicamente, le sorprende la muerte en plena actividad, el 29 de Septiembre de 1.924.

Acaso el Arcángel San Miguel quiso ofrecer al Señor en el día de su fiesta un sacrificio digno, y eligió como víctima propiciatoria, como cordeiro sin mancilla, al cristianísimo Paco Ruiz.

Inmoló su cuerpo, pero su alma impoluta fué presentada al Altísimo y designada para gozar eternamente de su presencia; justo premio que Dios concede a los que practican el bien en este planeta de los abrojos que se llama Tierra.

Su padre es el señor don Francisco Ruiz Sánchez; y, voy a cerrar estas líneas, con el nombre de una mujer que fué para mí, madre cariñosa, a quien amo y venero con toda mi alma: a mi tía doña Ana Vázquez Carrasco, madre del ilustre fallecido.

Si las lágrimas que tus ojos están vertiendo cristalizacen en diamantes, ¿a cuánto no ascendería tu tesoro? Hora es ya de que des tregua a tanto llanto. Bien está que su recuerdo nunca se extinga de tu mente, pero tu dolor y tribulación deben ir declinando. Sírdate de consuelo el pensar que tu hijo te sonríe desde el Empíreo. Además, no has de olvidar que tu misión de madre no ha terminado. Tus hijos, Diego y Providencia, te necesitan. Vela por ellos, para que tu otro hijo, el hijito de tu predilección, el de tus amores tiernos, te bendiga desde la Altura.

F I N

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.	3
A modo de prólogo, por J. S. del Rosal	5
El por qué de este opúsculo	9
Datos históricos de la villa de Hpandaire	11
fray Blas Ordóñez	17
El Doctor don Miguel Alarcón y Morales.	21
El presbítero don Tomás Arcadio Sánchez	23
El profesor don Roque Hyala Sánchez	25
El médico don Francisco Duarte y Cortés	27
El doctor don Francisco Ruiz Vázquez.	31

